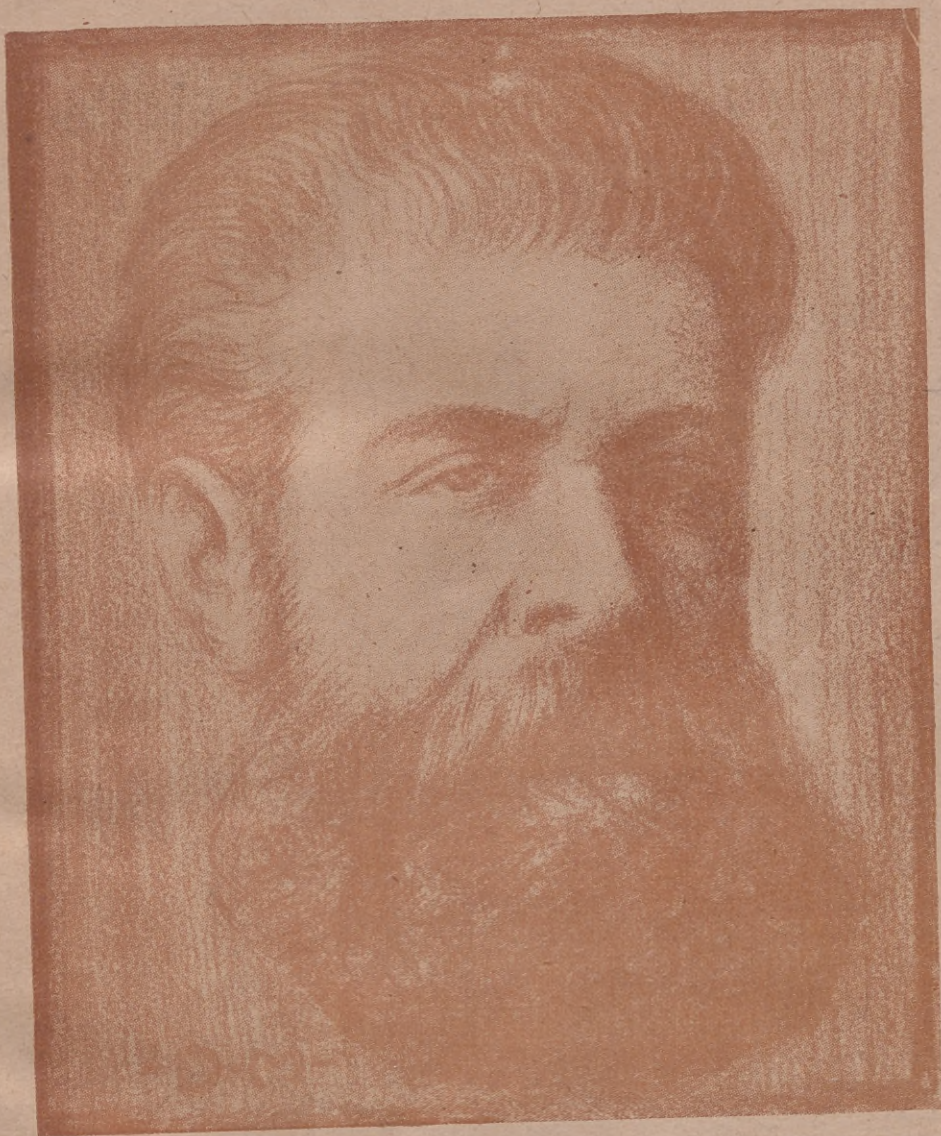


XXXII-9

SILUETAS

Dibujo de Montserin.



1923-24

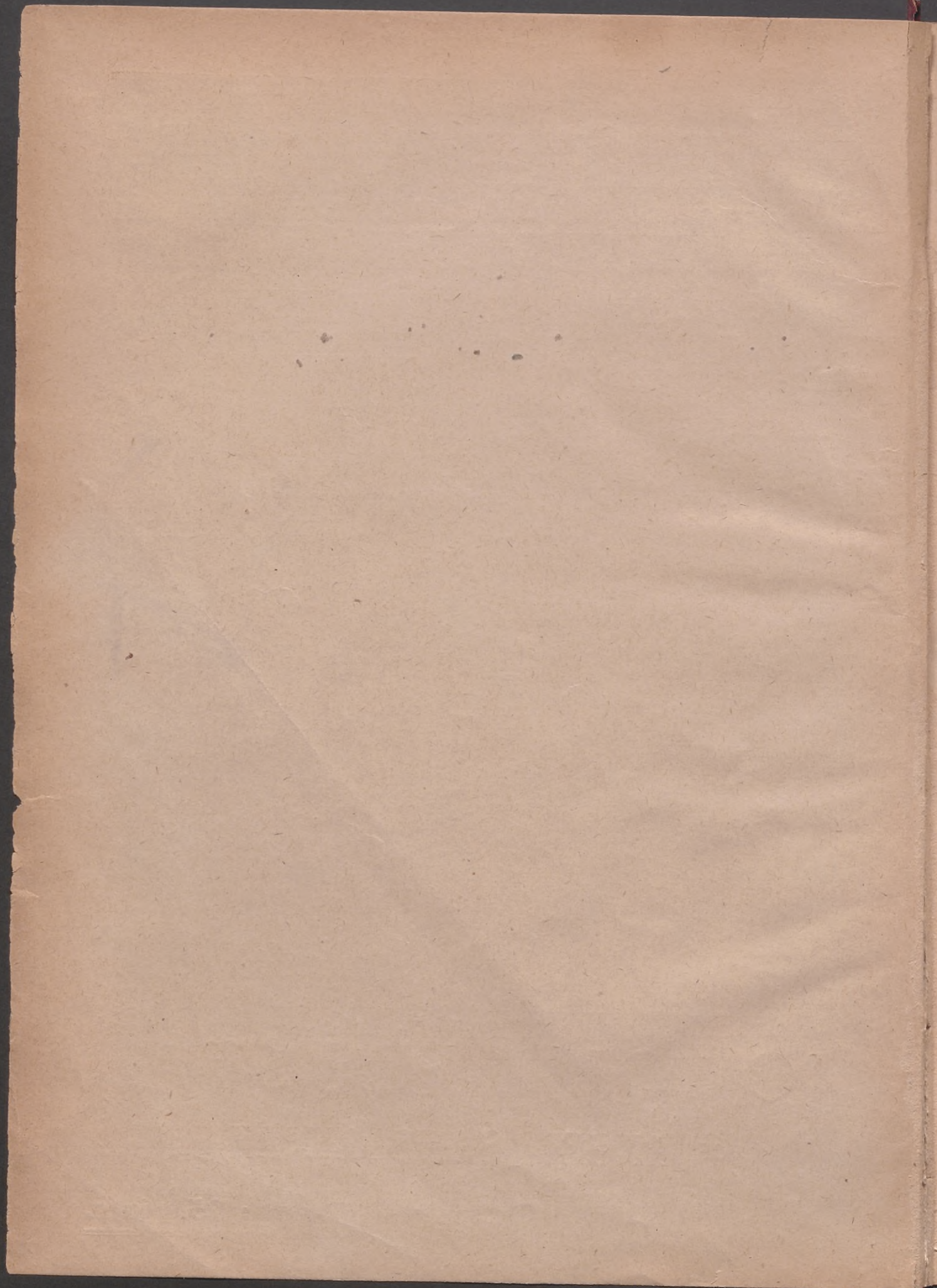
W. 1a/2 7
16a 17



JOAQUIN COSTA

por ANGEL SAMBLANCAT

Precio: 25 cénts.



JOAQUÍN COSTA

SEMBLANZA Y PSICOGRAFIA

por

ANGEL SAMBLANCAT

DINTEL

Antes de empezar, una advertencia, un *notate bene*

No sé si el director de esta publicación ha tenido bastante tacto, ha obrado con la discreción necesaria al encargarme a mí que le haga la silueta a Costa. Yo soy más panfletista que apologista; trazo con mayor garbo la línea caricatural que la pictural; conozco más el latín de germania, el lenguaje de la pasión apasionada, que el de la razón razonante; mi laringe emite mejor el grito agrio y estridente de las demagogías exaltadas que el voto mesurado de las academias y de los aeropagos deliberadores; mi chabacana plebeyez ingénita gusta más deltrato con las furias, y las furcias de la revolución, que del de las piérides. Pero aunque yo no sea persona respetable, al presentarme aquí procuraré vestirme de tal, haré cuanto esté de mi parte por adoptar los gestos, las actitudes, las posturas y el léxico medido y comedido de la gente *comme il faut*, para que quien me ha traído no sufra sonrojos y no se avergüence de mí. No obstante, como que el lobo, aunque se disfrace de cordero y se torre de lanas, lobo se queda, podría suceder muy bien que al tocar la guitarra, en vez de hacer vibrar la prima, sonara el bordón. Por esto, os aviso, para que saquéis de vuestra faltriquera toda la riqueza, toda la mina de benevolencia con que el cielo os haya favorecido, o para que hagáis alto en este mismo punto y no sigáis adelante.

A no ser que pase entre nosotros, en esto de hablar sin ley, lo que le cuenta Gacel a Ben-Beley en las *Cartas Marruecas*, de Cadalso, que sucede en España con respecto a la poligamia. En este país, escribe Gacel, no está permitido tener más

de una mujer. Pero ayer me topé con un mozo militar, el cual me preguntó cuántas damas componían mi harem. Contestéle que, como yo soy moro de calidad y estoy obligado a vivir con cierta ostentación, poseo doce mujeres blancas y seis negras. A lo cual replicó el mozo con mucho trapió: «Pues, amigo, yo, sin ser moro ni tener serrallo, ni aguantar los quebraderos de cabeza que acarrea el gobierno de tal república de hembras, puedo jurarte que entre las que tomo por asalto, las que desean capitular y ser pasadas a degüello por el filo de la espada y las que se me entregan sin aguantar sitio, salgo a otras tantas por día como tú tienes para toda tu vida entera y verdadera.»

A ver, pues, si yo, a pesar de mi mala fama, a pesar de mi musa desgarrada, descabrada y trulculenta voy a resultar el más abrochado, el menos parejo de la reunión. A ver si en esta congregación y comunión de cristianos el que conoce más a fondo el idioma evangélico, el que habla más según el corazón y según la boca de Cristo, va a ser el no cristiano, el moro; es decir, yo.

* * *

Quando, en complicado geroglífico, me comunicó el coleccionador de esta galería de celebridades que a mi pericia confiaba el reconstruir el semblante, sacar el perfil y evocar la fisonomía de D. Joaquín Costa, una intensa perplejidad, una brumosa confusión se apoderó de mi ánimo. Yo hubiera querido que un Dios, acometido repentinamente del deseo de crear y proliferar hubiese hundido en mi higar su espuela, hubiese soplado en la arcilla de mi carne y hubiera henchido e hinchado y preñado a ésta de genio. Sentía la estricta, la urgente necesidad de un lenguaje tan esplendoroso, tan fúlgido, de tan vividos campos,

que fascinase a los que me leyeran; y tan embriagador y capitoso como el agua de aquella fuente de los jardines de Armida, que producía una borrachera súbita a los que humedecían en ella sus labios. Mi verbo hubiera de haber sido como aquel pan que le dió el ángel bíblico al profeta Elías y que le quitó la gana para cuarenta días y cuarenta noches y le alimentó hasta que llegó al monte Horeb. Al menos, para hablar del macho ibero dignamente me hacía falta el acento masculino de un tribuno; por ejemplo, aquella entonación ronca y africana de Joaquín María López, aquella entonación ronca y africana que buscaba hasta en el fondo de las entrañas al alma.

Pero yo no sabía ni tenía nada de esto. Yo no poseía ninguno de esos dones divinos. Me veía invitado a llevar a cabo una empresa superior a mis fuerzas. Me encontraba rodeado de obstáculos, alambradas y «fils barbelés» que no sabía superar. Subía al palomar de mi pensamiento y llamaba a las ideas agitando un pañuelo blanco, y las palomas no acudían en número suficiente a la cita. Yo me hallaba como el que, constreñido a pagar una cuenta, mete las manos en los bolsillos y se los encuentra llenos de viento. Semejaba a un esclavo que tiene abandonados los negocios de su señor, y al que se le dice de pronto: «Prepárate, que mañana te visitará tu dueño».

Mi espíritu era presa de estreñimiento y contracción, y los pavores en trailla, juntos todos, labraban a mi alma. Me asustaban, de un modo precipuo, cuatro cosas, a saber: mi pequeñez, la talla excepcional de los discípulos—«Silvio Kossti», Marraco—que han biografiado al maestro, la excelsitud de la figura de Costa y la idea que yo tengo del eximio varón.

Mi pequeñez. Yo no soy doctor ni licenciado. Licenciado, tal como se nos van poniendo las cosas a los escritores de la extrema izquierda, no desespero de serlo algún día de presidio. No soy tampoco académico, ni consejero. Académico de una Academia que preside Maura—Maura, que con la cola escribe el castellano—, vergüenza me daría de serlo. No soy, finalmente, diputado, ni senador. Y no lo siento. Porque hasta ahora creíamos que sólo disputaban los concilios de personas; pero oyendo algunos días en las Cámaras españolas, nos hemos enterado de que también hablan las asambleas de los que no son personas. Yo soy nada más que un humilde predicador callejero, un levantador de escándalos, un propagandista de doctrinas antisociales, un emporcador de cuartillas, un pobre ente con vocación taumatúrgica, para averiguar el paradero del cual se solían un tiempo preguntar mis amigos: «¿en qué cárcel estará ahora?» Soy también un aficionado a lecturas, un masticador de papel impreso, un pequeño filósofo autodidacto, un amante de madrigales y de revoluciones, y de quimeras. No lo puedo remediar. Me atrae lo bajo, la urbana hez. Me gusta apedrear las carrozas tiranas, escupirles a nuestras clases directoras en el rostro bellaco. Y aquí de la disculpa de aquel cuento de Maquiavelo. Perdón, señores; vuestra cara invita a la gargajada, excita la insali-

vación, es lo más sucio que hay en España. Todo esto es muy poco. Lo sé. Por eso he dicho que me espantaba mi enanez. Y aunque Cristo, a mi edad, no había hecho más que cepillar puertas en la carpintería de su padre, no por eso me siento con más fuerzas para salir del berengenal en que me he metido.

Esa desconfianza en mis fuerzas aumenta cuando pienso en la inmensa riqueza ideológica, en la gran fortuna intelectual de los que me han precedido en la tarea en que ahora estoy fajado. No puede compararse el ratón con el león. Tersites desfallece aplastado por las armas de Aquiles. Sólo pies titánicos pueden calzarse las sandalias, las botas de siete leguas de «Silvio Kossti» y de Manuel Marraco. El primero conoce y maneja nuestro idioma como un clásico de la Edad de Oro. De él se podría decir lo que el Fénix de los Ingenios dijo de nuestros Argensolas: «que había enseñado a los castellanos a hablar su lengua». A Manuel Marraco le envidio el conocimiento que tiene de nuestra economía, su vasta cultura sociológica, el vigor hercúleo de su pensamiento, la solidez y la potencia romana de su estilo y la acritud de sus frases, de esas frases suyas que penetran en los lomos, *quæ lumbum intrant*, como decía Persio.

En tercer lugar, me intimida lo eminente y sincero de la personalidad de Costa y la veneración que por él siento. Cuando estaba vivo, yo me acercaba a él con el religioso y supersticioso temor con que se acerca uno al altar en que se da culto a los dioses sacrosantos. ¡Qué figura imponente la suya! ¡Cómo la recuerdo! Su cuerpo gigantesco, que tenía contornos de collado. Su cabeza, peñasco inexpugnable. La traza fosca, rigurosa y adusta de su rostro. Sus narices, que hinchaba un resuello ardiente, que estremecía un vasto resoplido. Su cabellera, que se apilaba en espumosa marejada. Su barba, semejante a la de Carlomagno, que la tenía, dice *La chanson de Roland*, ancha y extensa y poderosa como su imperio, y a quien, cuando se le desparramaba por el pecho, le cubría toda la coraza. Y su garganta, que rugía como el Ésera cuando baja de los montes de Benasque cargado con todas las aguas del cielo y con los despojos de cien pueblos. Y el trueno magno y la andadura de relámpago de su palabra, de su oración que caminaba con ruido, que destellaba luz, de su verbo, que caía sobre el cuerpo como un pedrisco. ¡Cómo lo revivo! ¡Y con qué devota reverencia, cuando hablábamos con él, contestábamos a sus preguntas: «Si, Maestro; no, Maestro!» Y el mismo respeto, el mismo invencible temor—y no digo mayor porque no cabe—que me inspiraba en vida me inspira ahora muerto.

En cuanto a la extremada idea que tengo de él, un hecho, que voy a aducir, os la patentizará. Hace unos años, el Centro Aragonés, de Barcelona, trató de organizar, para el aniversario del fallecimiento de Costa, una velada de homenaje a éste. Quería el Centro que la función fuera apoteósica, que el acto resultara grandioso. Yo fui nombrado miembro de la Comisión del homenaje, y mis compañeros me rogaron que presen-

tara un anteproyecto de programa. Yo así lo hice, y en él señalaba los principales aspectos de la personalidad de Costa que se habían de estudiar en la velada, y las personas que a mi juicio se debían encargar del desarrollo de los diversos temas. La actividad del pensamiento de Costa ha sido febrósísima—decía yo—y su fecundidad asombrosa. Es necesario examinar en la piedra preciosa de su alma, ya que no todas, al menos las más rutilantes facetas. Los que hablen de él han de aquilatar su labor como sociólogo, como jurisconsulto, como pedagogo, como historiador, como geógrafo, como africanista, como político, como cirujano de hierro, como filósofo, como economista, como literato, etc. Lo han de considerar como pensador, como patriota y como dechado moral. Nos han de decir también lo que sepan sobre temas como éstos: Costa, antimonárquico; Costa, el desastre y el programa de la regeneración; Costa, el excelsior campesino y la revuelta obrera; Costa, el regionalismo y el derecho consuetudinario, etc., etc. Por lo que respecta a las personas que habían de tratar de estas materias, hice una lista, en la que incluí a las más caudalosas mentalidades de España. De este plan podéis coleccionar la idea que yo me he formado de Costa y la cantidad de fuerzas espirituales, de ilustración, de comprensión, de flúido cerebral y rescoldo cordial que yo creo se necesitan para hablar dignamente de él. Y como yo, por mucho que me desfandango, que hurgo y escarbo en mí, no me encuentro con esas fuerzas, de ahí que me sienta por esta razón también inquieto y turbado.

Pero, *alea jacta est*, los dados están echados. Y pues que he cubierto mis vellones de borrego con una piel de puma, no hay más remedio que rugir como un buen hijo de la selva. Y pues me he lanzado, nuevo Icaro, en el vacío, no hay más remedio que desplegar las alas y volar. Si no acierto a remontarme más que sobre los teiados, gorrión. Si paso los campaniles y me sumerjo en el océano de los cielos y hago mi nido en la capa más delgada del éter, águila. Vosotros juzgaréis.

La elección de senda es el primer problema que se ofrece al peregrino que viaja por una comarca sobrepoblada o por un bosque extraordinariamente frondoso. Cuando yo me encaré con la labor que esta Revista me encomendó, abrí el folleto titulado *Lo que debemos a Costa*, que, como todos sabéis, es una colección de artículos de D. Ramiro de Maeztu, recopilados por el señor García Mercadal; abrí ese folleto, digo, con el propósito de desarrollar alguna de las ideas apuntadas por el púgil anglovasco. Mas, luego, mudé de intento y pensé si, dada la selecta condición del público que había de leerme, no sería más propio hacer un estudio serio y científico de la personalidad de Costa. Pero me acordé de los reparos que pone Brunetiére al método de Taine y al estudio que éste ha hecho de Napoleón, y desistí de este segundo empeño. Hasta que, por fin, adopté esta guía: *Grandeza de Costa. Palabras acerca de esto*. Palabras, digo. No meditación, ni consideraciones, ni cosa por el estilo. No me ta charéis de presuntuoso y bravinicio.

Voy a escribir, pues, del hombre grande, del ciudadano calificado que fué Costa. No os explíco cómo desenvolveré esta idea, porque vais a verlo en seguida, y porque no quiero que este brazado de heno tierno, que esta canasta de frutas arbitrarias que yo he mondado para regalo de vuestra boca, parezca una tirada muemotécnica, un discurso massillónico, un sermón de la *Petite Cèreme*.

Ahora, ahora que me hallo junto a la muralla del baluarte que he de atacar, siento más que nunca mi escasez de medios, los pocos recursos con que cuento para salir adelante y boyante. Cuando el conde de Artois iba a salir de caza, le solía decir al capellán que celebraba la misa que oía el prócer cada mañana: «Eh, eh, cura: trágate pronto a tu Dios, que a las perdices les están creciendo las alas.» Del mismo modo temo que cansados de mi verborrea, de mi flujo verborrágico, me gritéis vosotros. «Acaba pronto, vacía tu buche, expele tu mísero feto y déjanos en paz, que por la calle vuelan a estas horas, como perdices, miradas de amor, y hay que cazarlas en cuanto arranquen el vuelo, en cuanto partan del nido, en cuanto salgan de los ojos de las venturosas mujeres.» Pero, en fin, yo no os sujeto aquí para deciros, como el rey Luis de Francia a sus cortesanos: «Caballeros, fastidiémonos juntos», y os prometo que procuraré cumplir del mejor modo posible mi cometido, la misión honrosa, pero difícil, que en hora aciaga se me ha confiado.

UN HOMBRE

Gracias a Costa, hemos aprendido los españoles esta cosa importante: qué es un hombre. El nos lo enseñó teórica y prácticamente, con palabras y con actos, con la recia y substanciosa pedagogía de sus libros y con el ejemplo vivo de su conducta. Y la lección valía el maestro. Porque no hay metafísica más alta ni filosofía más transcendental que esa.

Amigos, nosotros no estamos vivos. Esto os parecerá extraño. Pero es verdad. Nosotros no somos hombres, sino figuras pictóricas, sino sombras de hombres, desvaríos, por venturas de sombras de hombres, como dice Píndaro en sus Píticas. Esos entes que van por las calles y que parecen hombres y mujeres, no son mas que maniqués de sastre, trajes hechos, formalidades manufacturadas, pellejos llenos de aire, globos hinchados por el humo de la vanidad, por el gas de la inconsecuencia, de la estupidez y del prejuicio. Saint-Preux se quejaba de que no había visto nunca mas que máscaras, y preguntaba que cuándo vería un rostro humano. Desde entonces el mundo no ha progresado. Al revés: las gárgolas se han petrificado más; las redomas han perdido las vagas esencias que en ellas quedaban. El tiempo se ha hecho insustancial como un sueño. España, en particular, es un sol muerto, un planeta en cenizas, un hemisferio vacío. Esta nación es especialmente un humo de nación. Nuestros negocios son pura oquedad, pura garrulería, pura broma de piñata. Pueblo de urracas, de gallinas

sin riñones, de cluecas locas, que nos pasamos la vida cacareando sin poner jamás un huevo.

Pero Costa era otra cosa. En su presencia no había necesidad de encender la linterna de Diógenes para ver que se estaba delante de una criatura humana y aun sobrehumana. Costa no era un artificio mecánico, ni una ficción política, ni una inscripción del registro civil, ni un producto industrial. El no era un chico traído de París. No era una caña pensante, según la frase sangrienta de Pascal. No era un pelele o un espantajo puesto de pie en mitad de los trigos, y al que los pájaros se le pueden ensuciar impunemente en el sombrero. El sí que no semejaba la muestra de pantalones de una alfayería, que una ráfaga de aire arrebatara y hace andar grotescamente por el arroyo. El sí que era un hombre. El sí que era de carne y hueso. El sí que era una criatura sensible. El sí que estaba vivo. El sí que tenía alma y sexo y virilidad dentro del forro de su calzón.

¡Qué seguro estaba uno de que si pinchaba a aquel cuerpo brotaría de su interior, no un soplo constipador, no viento, sino sangre borboteadora! ¡Qué seguro de que si llamaba a su pecho responderían en el acto, saldría a abrir la puerta el dueño de la casa, que era un soberbio corazón! ¡Qué seguro de que si subía uno a la torre de su cabeza encontraría siempre vigilante, siempre en guardia y de centinela al pensamiento!

Costa era un hombre, sí. Pero un hombre entero, angular, vertebrado, perfecto, cabal. Un hombre hecho a imagen y semejanza divinas. Un hombre para cuya creación se necesitó el concurso de las tres personas de la bíblica Trimurti. Un hombre que nos fué, sin duda, enviado para que nos sirviera de modelo. Un hombre completo, como el pan sustancioso y sano: con su harina y su afrecho y su acemite. Un hombre bueno todo: bueno de dentro y de fuera; bueno de la corteza y de la miga.

EL MOMENTO

Costa era un hombre, dije. Y ahora añado: Costa era un hombre grande, desusado, un héroe en el sentido carlyliano de la palabra. Era lo que llamaba Emerson un *representativ man*. Era un *Vir Deus*, como se escribió de Franklin.

En las grandes crisis de los pueblos, cuando las soberanías se apayasan y las naciones dan tumbo mortales, o bien cuando el alto mando y la suprema potestad son atacados de vesania y el ganado bala bajo la tierra o delante de la honda y del garrote del opresor, aparecen esas almas rayos, esos espíritus de excepción que la naturaleza forma replegándose en sí misma, juntando toda su sangre y todas sus ganas de triunfar de la muerte y de las fuerzas que trabajan en nuestra aniquilación.

Las tales almas son jehovianos «fiats» en el caos; hogueras encendidas en la noche para ahuyentar a los lobos; son como esos meteoros que rasgan los firmamentos nublados, y que nos deslumbran con más brillo y nos ensordecen con más rumor, cuanto más espesa es la sombra y

cuanto más hostil es el silencio que los rodean.

Cuando los que tienen imperio pisotean a los pueblos con sus sandalias y los barren con los vuelos de su manto y no les dejan ni tragar la saliva; cuando los que ejercen señorío o dominación, se construyen soledades, según la tremenda frase del clásico, llegan ellos, los vengadores temibles y adustos, los arcángeles negros, armados de gladios fulgurantes, los poetas por la ira de Dios, los videntes geniales, los borrachos de violencia, que vienen a romper hilos de vírgenes y a demangar vestales, los guerreros intrépidos que tiran con la diestra infatigable dardos mortíferos y carbones volcánicos y pedruscos del infierno. Llegan ellos y se apoderan de los reyes, y apercollan a los magnates, y los abofetean con el guante de hierro de su sátira, y juegan con su cabeza como con un tamboril; y cogen la lepra de la carne de los pobres y se la arrojan a los ricos a la cara; y sujetan a los protervos por el pescuezo y los arastran desde el palacio al muladar, desde la sede diamantina y áurea al estercolero.

Demos, si os parece, una rápida ojeada a la historia.

Ahí están los hebreos, que hace cuatrocientos treinta años que son barro de dolor y de esclavitud en la mano de alfareros crueles, que forman como mulas en los carros que arrastran las piedras con que se construyen las pirámides de Egipto, que tiemblan de terror bajo la ruda estaca de sus capataces. Pero he aquí que un día sale Moisés del Nilo, como un cocodrilo a quien Tifón, el padre del mal, ha confiado una misión devastadora, y extiende su vara y su oración hacia el cielo e invoca al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y éste le envía a sus heridores y a sus campeones de guerra, y los ministros de Jehová matan con el soplo de sus narices a los primogénitos egipcios, a los primogénitos de los hombres y a los primogénitos de las bestias, y cogen a los caballos de Faraón por la brida y los hunden con carros y con jinetes en el Mar Rojo.

Otra vez, los mismos israelitas se ven atropellados por los sombríos Nemrodes del Asia, por los emperadores asirios, cazadores de leones y de hombres, que entretienen sus ocios exterminando naciones, como chiquillos en vacación que se dedican a destruir nidos. Y entonces, cruza Isaías de un salto el umbral de su tienda, y levanta su puño colérico, sus palmas llenas de rayos, de gritos siniestros y de profecías bárbaras, y descarga la oscura tormenta de sus vaticinios sobre Babilonia, sobre Tiro y sobre Nínive, sobre las ciudades que se amanceban con los déspotas, sobre las ciudades que se visten de ricas galas como prostitutas, sobre las ciudades que alzan hasta el cielo su pabellón, sobre las ciudades que insultan el silencio fecundo y laborioso de la tierra con la insolencia de su riqueza, de su ociosidad y de su fausto.

Y más tarde es Grecia. Aquí acaba de despertar súbitamente el ilota a la conciencia de su servidumbre. Y el pobre siervo se ha roto los dientes mordiendo en vano la cadena de que tira su señor. Y el alma humana se ha sentido mal instalada en el cuerpo, y se ha percatado de que e

que fabricó el vaso que la contiene se equivocó lamentablemente. Esquilo, el torvo y forzado titán, sube entonces a la cima del Cáucaso, y desafia a Júpiter e increpa al chapucero divino y le escupe al rostro el fango de que formó su carroña y venga al hombre del crimen cometido por Dios al crearlo.

Ved a Roma. La *urbs domina* yace aherrojada bajo el pie duro de los césares y clavada a su tiranía como la herradura a la pata del caballo que la pisa. La *urbs magistra* se ha despojado de la armadura de los Escipiones y se ha desceñido la túnica de Atilio y se ha arrojado, ciega de lujuria, entre los muslos gordos y las prietas ingles de Venus, la diosa del placer, que gasta las monarquías y liquida las dinastías y los regímenes, y ha dicho: «Aquí tengo que morir folgando dando pecho hasta escupir el corazón.» Pero surgen Tácito y Juvenal y se lanzan sobre el imperio romano como dos leones gemelos. El uno ronca en exámetros férreos; el otro regüelda en una prosa negra, espesa, humeadora y ardiente como la vomitadura de un cráter, como el sudor de fuego de un volcán. Tácito y Juvenal son los dos filos de una espada, la doble hilera de dientes de una boca trituradora.

Y ahora, salgamos de la Edad Antigua. Dante, el pálido taciturno de Florencia, hace chasquear su látigo sobre la cabeza de los tiranos de Italia, y los encorre, y los acosa, y mira con ojo vigilante y suspicaz a la bandada, para que no se escape ni uno, y va detrás de ellos golpeándolos, arreándolos con frases que hieren como espolazos, con palabras que hacen estremecer la carne de dolor, hasta que los encierra en los círculos del infierno como en su propio corral y los sepulta en el hondo y tenebroso abismo de su poema.

Lutero protesta, en nombre de la Alemania teológica y del Cristo paciente, contra la Roma del Renacimiento y los Pontífices paganizados y los sacerdotes que dicen misa en el altar de Platón y prefieren la Eneida a la Biblia. En la carreta que los lleva a Worms va la lengua más desenfrenada del mundo, y la palabra que con más violencia se ha abierto paso por el oído de los hombres, y la pluma más implacable, el puñal que ha penetrado más hondo en el corazón y en las entrañas de nuestra especie. En ella van las mil voces discordes de la Reforma, las mil lanzas agudas y flamíferas de la Revolución. El Papa, a quien el atrevido Martín ha desobedecido; el Papa, a quien él llama «puerco epicúreo, asno en el que hace sus correrías por la tierra el diablo»; el Papa, a quien él denomina «Anticristo», ¡qué a gusto despeñaría por un precipicio ese carro en el que viaja el osado agustino, el osado agustino que lleva la mochila llena de silogismos, de citas del Evangelio y de latín medioeval, el osado agustino que se ha propuesto exterminar a la Iglesia y dejar viudo a Jssucristo!

Milton canta a Luzbel y a los serafines rebeldes y a los puritanos, que entran en las batallas rezando salmos davídicos, y al pueblo inglés, que de un hachazo le ha cortado a su rey la cabeza. Milton, de tanto mirar cara a cara a los espíritus

del tormento y del milagro, se ha vuelto ciego. La luz de los soles inmortales, la llama del otro mundo le ha quemado los ojos. Los grandes de Inglaterra lo odian. Un día, el duque de York le escupe en la cara sin luz. Otro día, le dice Jacobo, hermano del rey, a éste: «Oye, Carlos, ¿por qué no haces ahorcar a Milton? Pero el poeta dicta versos imperecederos a su hija y se consuela del desdén de los magnates terrenos con la amistad de los príncipes tartáreos y con tener siempre el cubierto puesto en la mesa de Satán.

Víctor Hugo es la espina que lleva hincada el segundo imperio en el pecho, el aguijón que se le ha clavado en el pie. Es más. Es el coloso que coge a su nación y la levanta del suelo para que no se ahogue en el lodo, y se la acuesta amorosamente en los brazos. Es el mastín que, acariciándose el hocico, se encuentra un piojo—Napoleón el Pequeño—entre el pelo, y pudiéndolo aplastar de un uñazo, lo deja vivir para reirse, para divertirse con él, arrimándole a la cola los mistos encendidos de sus alejandrinos y haciéndole correr, correr, hasta que sofocado, reventado, se estrella en Sedán.

Moisés. Isaías, Esquilo, Tácito, Juvenal, Dante, Lutero, Milton, Víctor Hugo. Al pronunciar estos augustos nombres la columna vertebral se comba maquinalmente e inicia una reverencia; las rodillas marcan una genuflexión y el sombrero se va de la cabeza solo. Pues bien; pongamos en fila con estos nombres el de nuestro bardo del 98. Costa aparece en nuestra historia cuando más lo necesita la patria. España estaba agonizando, muriéndose de caries y tabes, pútrida bajo su cielo azul. Quinientos años de hapsburguismo, de borbónismo, de Inquisición, de guerras estúpidas, de derrotas y fracasos en la tierra y en el mar la habían extenuado. Un caciquismo parasitario y usurpador, un caciquismo terriblemente ávido se le había enroscado al cuerpo y le estaba dejando los vasos de éste sin sangre. Nuestro ejército, vencido en todos los continentes, andaba por la península, con las banderas plegadas, avergonzando, amargado, lleno de tristeza. Las clases directoras, a pesar de su fracaso, a pesar de sus graves culpas, se encogían cínicamente de hombros, y se disponían a tejer otra tela de Penélope de errores, de desaciertos, de verdaderos crímenes. El pueblo tenía ansias de renovación, de revolución, de venganza. El pueblo notaba que la vida trabajaba en el laboratorio de sus entrañas. El se sentía preñado, se sentía lleno de su salvador, de su héroe, de su justiciero, y perneaba y hacía esfuerzos para parirlo. Por fin, un día que todos los creyentes le pedían a Dios que para redimirlos sacrificase otra vez a su hijo; un día que todos los no contaminados lo llamábamos a El, al deseado, al prometido a todos los pueblos en la hora de su dolor, se oyó, allá en Graus, una voz robusta, masculina, vibrante, que respondía: «Aquí estoy». Y altivo, majestuoso, como Godofredo entre la hueste de sus cruzados, apareció Costa, el León.

La España joven lo recibió con palmas y con aclamaciones, y de lo más hondo de las montañas que acababan de darlo a luz llegaba un estremecimiento de júbilo. Costa dejó su caverna

del Pirineo y extendió sus brazos hacia las llanuras esclavas, como extiende el gavilán sus alas hacia el mediodía. Y cayó sobre Huesca, sobre Zaragoza, sobre Madrid, como lo que era, como un león, como un león de furia y de ira. Y les puso a los caciques la pata encima, y los caciques se retorcieron debajo de ella como reptiles moribundos. Y se entró por el matorral, y lo sacudió violentamente, y las cornejas, las cornejas con su sotana de plumas, graznaron de pánico y levantaron el medroso vuelo. Y se encaró con los jueces que pasan la cuenta de sus justicias a los pobres, y les echó la garra al cuello, y les hizo saltar la lengua y la campanilla de la boca. Y cogió al Parlamento pecador y le dió un tenazazo en la cabeza, y lo hizo ganir como conejo que se ha herido y que se va a despellejar. Y se apodera de la monarquía, y la sujeta entre sus uñas, y la suelta, y la persigue, y la vuelve a agarrar, y la lleva colgando de sus dientes, y la tira a los altos como un muñeco, y luego la muerde, y la destroza, y le hace salir por las heridas toda la podre, toda la corrupción que llena sus venas.

EL MEDIO

Una de las cosas que no podemos perder de vista al estudiar la personalidad de Costa y al tratar de explicarnos la magnitud de aquélla, es el país en que el gran hombre nació.

Saine Beuve y Taine han renovado modernamente los métodos de la crítica, tomando en consideración el lugar en que la obra literaria se produce y en el que el artista crece y se desarrolla, y asiendo y analizando el aire que uno y otra respiran. Cuando Renán quiere comprender íntimamente el carácter de Jesús, emprende un viaje a Tierra Santa, y allí sigue el viacruz divino, y el rastro de sangre, de milagros y de hembra evangélica con que señaló su paso por la tierra el Redentor. Viendo las copas verdes de los laureles de Micenas, cobraron los Atridas amor a la gloria y se saturaron de áspero furor bélico. Sócrates rompió a hablar en lenguaje rimado oyendo cantar a los ruseñores de Colona, que él celebra en el coro del «Edipo». En el desierto, y con la frente apoyada en las ancas de las esfinges, aprendieron los anacoretas a meditar y se familiarizaron con las cosas eternas.

Alfonso de Lamartine, en una de sus biografías de hombres ilustres, afirma que los horizontes y paisajes que tenemos delante de los ojos y que nos rodean, se reflejan en nuestra alma. De ahí que los grandes tanáticos hayan salido de comarcas ingratas y tristes: Cronwell, de los pantanos del Ouse; Luero, de las heladas montañas de la baja Alemania; Calvino, de las monótonas e inanimadas llanuras de Picardía; Mahoma, de los abrasados arenales de Arabia, de los arenales en que un sol ávido se bebe toda el agua que corre por la tierra y hace mugir a los hombres de sed.

Sin duda, Costa era un hombre singular. Sin duda, era un hombre de raza divina. La semilla de que procedía, antes de ser echada en la tierra, tué bien escogida por el sembrador. Y el surco

que recibió la simiente, debió de ser regado y asperso con agua bendita. Pero, sin quitar nada al varón y a la hembra que se lo sacaron del costado, que lo arrancaron como un bloque de su cantera; sin ignorar al varón y a la hembra que nos lo dieron fuerte, que nos lo dieron hermoso, podemos asegurar que la energía casi infinita de su pecho, que el vigor profundo de su alma se aumentaron y centuplicaron por obra y gracia del ambiente en que vivió.

Orgullosa estaba Marcial, el estupendo satírico latino, al que, entre paréntesis, Zaragoza debe una estatua; orgullosa estaba Marcial, digo, de haber nacido en Aragón, al que él ha cantado y al que ha llamado *terra potens*. En efecto: potente, potentísima había de ser la tierra que no se agotó para siempre pariéndole a él, a Gracián, a Aranda, etc., y en cuyas entrañas aún se encontró al cabo de mil ochocientos años sustancia y masa para formar a Costa.

Como todos sabéis, Costa nació en Monzón. Pero, él era hijo de Graus, la vieja villa de Ribagorza. Graus es un pueblo de mucho y muy original y personal acento. Está situado, inscrito en un semicírculo de rocas ciclópicas, en el ángulo de dos cordilleras cuyo fin no se ve y debajo de un peñón que se inclina hacia él, hacia el pueblo, naturalmente, como la teta de una madre hacia la cabeza del hijo que tiene acostado en el regazo. Atraviesa la población una carretera, una carretera que lleva sus pensamientos y sus ilusiones y la música de sus albas y las graciosas desinencias de su dialecto y el anhelo del corazón de sus hijos hacia los dos polos terrestres. Dos ríos—el Esera y el Isábena—que parten de cerca de la Maladeta, y que vienen cantándose con fragor selvático endechas de amor desde las fuentes de origen, al llegar a Graus, encuentran un lugar apto para unir los ardores de la pasión que parece los consume, y mezclan allí sus cuerpos sobre el colchón de un mismo lecho y bajo la sábana de piedra de los puentes.

Pero lo que especialmente caracteriza a Graus, y al paisaje de este pueblo, son sus peñas—¡tan bravías, tan hoscas y tan hostiles!—, sus barrancos, sus gavilanes cazadores, sus hombres cetinos, sus encinas severas como matronas, el crudo rigor de sus pálidos inviernos, el ronco rumor de sus ríos en los deshielos de primavera que parece el grito de dos combatientes que bajan luchando a brazo partido con los guijarros, que pelean para abrirse paso entre filas apretadas de enemigos. Y luego, el soplo épico del pecho de Turbon, y en lontananza los altos y escarpados picos pirenaicos, que son para las tierras bajas como inagotables ubres nutricias.

Ahora bien: esa naturaleza de colores tan agrios y tan impresionantes, de tan vastos y agresivos perfiles, necesariamente hubo de contribuir a la formación del carácter de Costa. Necesariamente hubo de imponérsele y penetrar profundamente a éste.

Por fuerza le hubo de invadir el alma y se la hubo de subyugar y plasmar y le hubo de comunicar su indomable energía. Efectivamente: el Esera le dio el relincho macho de su laringe y el

ritmo de su canción combatidora y el tumulto y griterío ensordecedor de sus aguas. De las peñas aprendió a ser taciturno, a ser inflexible, a hacerse eterno. Las encinas le enseñaron a dejar volar la imaginación, a dejarla desplegarse en ramas y en frondas sobre el tronco de un pensamiento robusto, a ser vario y contradictorio, a producir hojas, como dijo el poeta, para tejer coronas a los héroes y bellotas para dar de comer a los puercos. Los altísimos montes remotos le recordaron la antigua lucha de los titanes con los dioses y la obligación de volver a poner a Pelión sobre Osa y de volver a empezar la torre de Babel.

¿GENIO O LOCURA?

Otro de los factores con que hay que contar para medir las proporciones de una personalidad cumbre es la opinión en que la han tenido los que en vida la rodeaban; es el juicio que ha merecido a sus contemporáneos. Todos los genios, todos los colosos, todos los hombres leones, han sido tildados de locos, de desequilibrados, de extravagantes, de utópicos. Costa no había de ser una excepción.

El rebaño, el común de la pía, va siempre con la cabeza baja husmeando el pasto. Con la cabeza baja, he dicho, porque parece que sea ley universal el que los seres para comer tengan que degradarse. Cuando una res sentimentaal levanta la frente un instante para mirar al cielo o para balar la inmensa tristeza de su condición, las compañeras de servaje se le rien y desdennan sus largas lanas románticas, y el pastor le da con una piedra entre los protervos cuernos. Ni el pastor ni el ganado comprenden que se pueda uno alimentar, que pueda vivir pacienddo estrellas y bebiendo luz de claro de luna, ni que haya ovejas que no se resignen a dejarse trasquilar y a tener por todo porvenir la garrucha de un matadero y las balanzas de una carnicería.

Cuando uno vive en sociedad, cuando uno va en recua, no puede salir de la fila: ha de formar como un soldado, como un autómeta; ha de seguir forzosamente viaje y no tiene derecho ni a pararse a evacuar. Luego es necesario que en todo el campo no haya una espiga mas alta que otra, que una rama del arbol no crezca mas que su vecina. Si no, todo el mundo microbiano y microscópico que la rodea se le tirará encima, se le apretará en torno y la asfixiará. O vendrá el podador con la tijera y lo nivelará todo.

Nuestro rumianismo no perdona a los grandes devoradores, a los grandes carnívoros de la existencia, a los que trituran y muelen violentamente el trigo de la vida, a los que hacen trabajar con demasiada furia a sus mandíbulas. Para las ranas que cuarrean en las charcas, el gorjeo filomélico es una locura; para las gallinas que picotean en el estiércol, es una temeridad y un horror el vuelo del cóndor andino, que extiende sobre los cielos ilimitados la gran cruz de sus alas.

Y el vulgo pensante no va, en esto, descaminado del todo. Los poetas, que son los hombres en quienes el genio se presenta más original, más

estrafalario, sufren la mayor parte verdaderos accesos de demencia. La inspiración, el numen, el estro, no son más que nombres con que se designa el delirio poético. Los etimólogos dicen que *carmen*, verso, viene de *carere mente*, esto es, carecer de razón. Casi todos los grandes hombres—geniales y genialoides—han padecido, si no de *delirium tremens*, de *delirium incipiens*. Y no hay apenas uno en quien no se puedan observar algunas de las anomalías de los vesánicos y algunos de los caracteres de la locura: epilepsia, megalomanía, alucinaciones, neurosis, hiperestesia, etc.

Mahoma, por ejemplo, aseguraba que oía en sus éxtasis ruidos de perros, de conejos, de campanas, y él mismo, en medio de sus arrebatos, se ponía a ulular como un camello. El Tasso contaba que estaba loco, y decía que el vino y el amor lo habían dejado sin seso. San Pablo se vanagloriaba de su falta de juicio, y escribía que era más sabia la locura de Dios que la razón de los hombres. Byron se hacía servir el vino de mesa en la calavera de un muerto, en el cráneo de uno de sus antepasados. La faz de Carducci, dice Mantegazza, es, en ciertos momentos, un huracán en el que los relámpagos de los ojos fulguran entre la polvareda de la barba y el terremoto de los músculos. Schopenhauer odiaba el sexo débil, pero recomendaba la tetragamia, esto es, el matrimonio con cuatro mujeres, el cual, decía, no tiene más inconveniente que el de haber de soportar a cuatro suegras. Walt Withmann tampoco era amigo de las señoras, y afirmaba que no había podido rendir en toda la vida homenaje más que a la virtud de una, la cual era una meretriz. Estas excentricidades, estos indicios, si no autorizan para pensar que los hombres grandes sean locos, permiten deducir que la locura los acecha, los acosa, los roe el talón y aun los da terribles asaltos.

Respetemos, a pesar de todo, a estos hijos de los dioses y amémoslos. Amémoslos, recordando la frase de Cellini: *tutto e permesso al genio*. Y hasta convengamos con Platon en que el delirio no es un mal, cuando el que delira nos escribe el *Corán*, la *Jerusalén libertada*, *Manfredo*, las *Odas Barbaras*, *El mundo como voluntad y como representación*, etc.

No parecen realmente males el delirio y la demencia, cuando hacen danzar a David, borracho de amor divino, delante del Arca Santa e ir a aquellos monjes de la Edad Media a cantarle laudes al Altísimo por todos los pueblos del orbe y tener a gloria llamarse juglares de Dios. Casi puede considerarse la locura un don del cielo, cuando le inspira a San Francisco su famoso Cántico y sus tiernas frases a *frate sole*, *sora luna*, *frate vento*, *sora nostra terra*. Yo la admito cuando va acompañada de aquellas tremendas visiones que le eran reveladas a Savonarola, en una de las cuales—y la cito porque parece un cuadro de la Europa de la gran guerra—se le apareció una espada de fuego, en cuya hoja estaba escrita esta leyenda: *Gladius Domini super terram*, la espada del Señor sobre la tierra. Yo bendigo la locura, cuando hace gritar por las

calles de Roma, como un furioso, a Nicolás de Riénzi, con aquella extraña sonrisa fantástica que siempre florecía en sus labios: «¿Dónde están los buenos romanos de los viejos tiempos? ¿Dónde está su justicia?». Yo la envidio cuando le hace buscar a Ampère los problemas matemáticos más difíciles, los abismos, como decía Arago; cuando le hace encontrar a Baudelaire perfumes que huelen a carne infantil, a luna, a aurora, cuando le hace afirmar al citado Walt Withmann que dentro de él están los mares, el espacio, el volumen, la materia, el África, la Polinesia.

Por su ingenio penetrante y lepidísimo, por la profunda originalidad de su talento, por su enorme exuberancia cerebral, Joaquín Costa daba la sensación de algo que está más allá de los límites de la razón pequeña. Costa confundía al sentido común, era la negación de la lógica corriente de las leyes porque se rige la mentalidad del rebaño. El vulgo iliterato, y el letrado también, comenta aun sus genialidades, sus prontos, sus arrechuchos, sus chifladuras, y ríe, beato. Una vez se le presentan en comisión unos cuantos señores con el sombrero en la mano, y él los invita a que se cubran, porque si los españoles no utilizamos la cabeza para colgar el sombrero, entonces, ¿para qué nos va a servir? Otra vez, una persona que le había ofendido, le manda para congraciarse con él una caja de turrones y de botellas de Champán, y Costa, al enterarse de quién son, las tira por la ventana. En otra ocasión, a un dentista que le presenta una cuenta de diez duros por haberle hecho un diente, le dice: «tenga usted los diez duros y quédese también con el diente, para que vuelva a engañar a otro tonto». Cuando cae enfermo y le participan que el rey se ha interesado por él, pregunta si en Palacio lo han tomado por la última marca de automóviles. Poco antes de morir, cuando su tío el cura lo exhorta a que se confiese y comulgue, él le pregunta socarronamente si han madurado ya las azufaifas que le prometió hace veinte años que le traería de la viña.

Con esto y con no entenderle los mejores escritos y con sentirnos incapaces de imitar sus virtudes, hemos tenido los españoles bastante para declararlo loco de atar. Pero el loco no era él, queridos. No era él, que amaba la belleza, la justicia y la verdad. No era él, que devoró las letras de casi todos los libros escritos por los hombres en su afán de saber y de penetrar lo impenetrable y de escandallar lo insondable. No era él, que se había fabricado el más hermoso instrumento de comunicación, que ha pasado por los labios de criatura mortal. No era él, que murió en el ostracismo por haber hecho excesivo bien a su patria. Los locos somos nosotros, mis hijos. Nosotros, que nos desinteresamos de todo, que lo ignoramos todo, hasta la naturaleza del agua que bebemos, hasta la composición del aire que respiramos. Nosotros, que no sabemos pronunciar dos palabras sin decir tres tonterías. Nosotros, pobres crisálidas, que no acertamos a salir de la cárcel en que estamos reclusos. Nosotros, que damos importancia a esta política cocinera, a estos negocios de tan poca entidad, de ningún mo-

mento, que por esos cotarros se ventilan. Nosotros, que dejamos morir a España sin protesta y sin pedir siquiera para ella la extremaunción.

No recuerdo si es Diógenes Laercio quien cuenta que, creyendo los de Abdera que Demócrito, su conciudadano, había perdido el juicio, fueron a llamar a Hipócrates para que lo curara. Mas habiendo examinado el eminente médico al célebre filósofo, y habiendo hablado con él, les dijo a los de Abdera que los mentecatos eran ellos, y que Demócrito era el hombre más cuerdo y más sabio del mundo.

COSTA, ESCRITOR

Después de haber examinado —aunque sin ahondar, sin meter muy adentro los púas y dientes del peine— la personalidad de Costa en síntesis, habríamos de estudiarla en sus manifestaciones. Este sería el momento de considerar a Costa en la múltiple variedad de sus facultades, en los diversos campos de su actividad. Habríamos de estudiarlo como político, como sabio, como varón de virtudes y de justicias, etc. Pero nosotros no sabríamos salir airoso de este empeño arduo. Nos falta para ello preparación, nos faltan fuerzas. Así que nos limitaremos a hacer algunas reflexiones sobre los aspectos de la personalidad de Costa que más impresión han producido siempre en el ánimo público.

La cabeza de Costa era de otra natura, estructura y quimismo que la nuestra. Espíritu el suyo de una curiosidad infinita, de una inmensa avidez, no se cansaba jamás de andar mundo nuevo, de explorar tierras desconocidas, mares no navegados, cielos no descubiertos. Era él lo que los griegos llamaban un ojo, un ojo que ha turbado y despertado el nuestro y lo ha llenado de extrañas visiones. Del profeta Daniel cuenta la Sagrada Escritura que era diez veces más sabio que todos los sabios y astrólogos de Babilonia. Algo parecido podemos decir nosotros de Costa. A la luz de los rayos de su pluma andamos hace tiempo multitud de españoles. Y los que escribimos tenemos que acudir a él como a nuestra despena, como los hijos de Jacob a José en los días del hambre, para que él nos la apague, para que él nos llene en sus trojes nuestros sacos vacíos. Su obra es como una de aquellas hogueras que en los inviernos demasiado crudos se encendían en la Edad Media delante de los castillos feudales y a las que iban a calentarse todos los pobres de la comarca.

Escribir escribía con todo su pecho, con todos sus órganos viriles. Su pluma era una espada de almogavar, una sierra de cirujano, una lanceta de vacunador. Sus catilinarias de los últimos tiempos parecen escritas por Cicerón. Son verdaderas *Vindiciae contra tyranos*. Nuestros políticos temblaban ante sus disciplinas, y lo tenían como los ladrones a la Guardia civil, como los colegiales al rector de su colegio, según se ha dicho de Miguel del Hospital. El los vapuleaba sin compasión y le decía a la innúmero chusma burocrática y parasitocrática lo de uno de los

personajes de la Sátira Menipea a los partidarios de la Liga: «sois demasiados perros para roer un hueso». Arrebatado por todas las cóleras del Antiguo y Nuevo Testamento, les disparaba sus apóstrofes, que eran mortales flechas del arco de Indra, aquel arco que era llevado sobre un carro de ocho ejes y que apenas podía ser arrastrado por ochocientos hombres atléticos. A los españoles nos insultaba llamándonos capones, lepóridos, eunucos, para devolvernos a nuestro estado de integridad civil y de jurídica dignidad. Federico el Grande, cuando veía que sus soldados huían delante del enemigo, les gritaba: «Hijos de una cualquiera, hijos de p... ¿queréis vivir siempre?» E injuriándolos, los avergonzaba y los hacía cumplir con su deber. Así, Costa, nos chaqueteaba rudamente y nos decía: «¿Hasta cuando ha de durar vuestro sueño, poltrones, castrados?» Pero Costa no tenía sólo garra: de cuando en cuando se calzaba guantes de amistad y de caridad. Una de sus tetas estaba llena de veneno para los canallas; pero la otra lo estaba de leche sustanciosa para los desgraciados.

No hablaba él como se hablaba en el Hotel de Rambouillet, en la llamada *Chambre bleue d'Art-hénice*, ni como se hablaba en casa de Mlle. de Scudery. Hablaba como se habla en las calles de Graus y en las carreteras de Aragón. Como habla el pueblo en la cocina, en el patio, en el mercado, en la era. Yo amo, decía Montaigne, el lenguaje simple e ingenuo. Costa también amaba el lenguaje que no se muda de ropa al pasar de los labios al papel, que es succulento y nervioso, que es vehemente y brusco, desarreglado, descosido y atrevido, que marcha como una moza del pueblo, yena de garbo plebeyo, enseñando la pantorrilla y haciendo condenar justos y naufragar propósitos de enmienda y castidades de hierro en el océano alborotado de sus faldas y en la provocativa ondulación carnal de la cadera. No era él un operario de artificios absurdos, ni un orfebre literario, ni un glosador de *leit motifs* pedantes, sino un forjador, un herrero del idioma, o un *ouvrier de terre*, como se llamaba modestamente a sí mismo el gran Bernardo Palissy.

Por la carne de su prosa circulan corrientes de sangre cálida. Nada hay muerto en esa poderosa nerviación vibrante de sus escritos. En su estilo hay de todo, como en la atmósfera, como en el mar; tempestades colosales y calmas risueñas. A veces, es violento, gregüeso, desbraguetado, y en él cada palabra vuela silvando a su destino —estilo precursor de revoluciones—. Otras veces, aparece su prosa llena de imágenes y de recuerdos antiguos, cuajada de facecias y de refranes, y condimentada con sal gruesa, y semeja a ese sustancioso puchero campesino, a ese sabroso potaje de los pueblos compuesto de nabos, patatas, judías, coles, especias y trozos de carne y de tocino rancio.

COSTA, ORADOR

Como orador, Costa mereció escalar la tribuna del Ágora, de la Convención o del Parlamento inglés. En estos tres templos es donde la elo-

cuencia humana ha vestido galas más espléndidas, donde la lengua de los mortales ha pronunciado palabras más abrasadas. Un famoso escritor se lamenta de no haber podido presenciar los duelos oratorios de Fox y Sheridan. Macaulay envidia a los que oyeron hablar a Pericles. Y yo siento mucho no haber vivido a fines del siglo XVIII en Francia, y no haber podido asistir a las discusiones del Club de los Jacobinos y de la Convención, y no haber podido oír a aquellos hombres formidables que decretaron desde su escaño la victoria, que declararon guerra universal a los tiranos, que iban a las sesiones llevando tantas pistolas como bolsillos, y que hablando esgrimían el sable en la diestra y tiraban mandobles a las luces y partían las velas por la mitad, como si fueran curas que no hubieran jurado o emigrados realistas.

Los oradores españoles se dejan llevar demasiado de la imaginación, esa facultad granuja. Y en sus oraciones no suele haber más que follaje y ramazón y exuberancia tropical, que halagan al ojo y al tímpano, pero no satisfacen al diente. No suele haber más que burbujeo gaseoso que no quita la sed. No hay más que humo, que ni da luz, ni calienta. No es todo más que ropa y positizos, entre los cuales los amantes de la carne ideal entierran los suspiros de sus esperanzas burladas. Nuestros oradores son acordeonistas, organilleros, tocadores de ocarina. Son sacamuelas que fian su éxito, más que en la novedad de las ideas y que en la belleza pura de la forma, en su mimetismo, en su acrobacia facial, en sus dotes de funámbulos y de saltimbanquis, en el lujo charro y de mal gusto de su retórica. Sus discursos, cuando quieren ser grandiosos, se parecen a esos monumentos que nos han legado los egipcios, al penetrar en los cuales no encuentra uno más que la vacuidad de la tumba. Costa no era así.

No era tampoco de esos oradores que ponen cojines debajo de los codos de los pecadores, como decía Bossuet, para que éstos no se hagan daño. El quería darles a los perversos con su palabra una anticipación del castigo eterno, una sensación del fuego infernal. No se le podía llamar a él, como al papa San Dámaso, *auriscalpium matronarum*, escarbaorejas de las damas. El levantaba su bastón y repartía palos de ciego. Montaba a caballo y galopaba a rienda suelta, saltando obstáculos y preocupaciones, y atropellándolo todo, agarrado a la crin de su corcel, y espoleándole a éste, y abriéndose paso entre la multitud atónita y fósil que le escuchaba.

La elocuencia de Costa era robusta, muscular, grandiosa, desmesurada en las cabalgadas históricas y gigantescas. Les llevaba a él de ventaja la cabeza entera a todos los parlanchines y a todos los políticos españoles del pasado siglo. En la arenga se crecía. Su pecho resonaba como un tambor; su garganta, como un clarín. Su lengua encadenaba la palabra y cogía y aprisionaba en ella las ideas como en un cepo. Con las dos manos así la tribuna y se clavaba en ella. Cuando con ademán tribunicio fulminaba condenaciones sobre los políticos de la Restauración, las pala-

bras partían de su boca como los tiros de una fortaleza erizada de fuego, guarnecida de cañones. Al atacar a la monarquía, su voz parecía la del Bautista cuando lanza anatemas desde el pozo sobre la concubina del Tetrarca, cuando la llama ramera, prostituta de Babilonia, leprosa que apesta a Judea.

COSTA, PATRIOTA

Su patriotismo ha sido la llama de pasión más abrasadora que ha ardido en España en mucho tiempo. De Racine se ha dicho, recordando sin duda lo que afirmaba de sí mismo San Agustín en sus Confesiones, que amaba a Dios con el mismo fervor con que amaba a sus queridas. Costa amaba a su patria filialmente. Y eso que, ¡ay! España no es una buena madre. Es una madre que no cumple los deberes que tiene para con sus hijos, que no los amamanta, que no los viste, que no los educa, que no los protege. Es una madre a la que no le debemos más que el acto material de habernos parido. Costa amaba también a Zaragoza y a Aragón. Él soñaba con aquella Zaragoza «del soberbio muro», que ha cantado Moratín; con aquella Zaragoza, «ciudad generosa y principal», de que nos habla Mateo Alemán en el *Guzmán de Alfarache*. Él quería reconstruir aquel Aragón antiguo, tan rico, tan bravo y tan fuerte; aquel Aragón del que había leído que, para la coronación de uno de sus monarcas, entraron en la capital del reino diez mil infanzones, cada uno con su criado, y montados todos en veinte mil caballos de la tierra.

Después del desastre del 98, exclamó transido como aquel famoso soldado romano después de la batalla de Cannas: *cives, pugna magna victi sumus*; ciudadanos, hemos sido vencidos en una terrible guerra. Y del mismo modo que había tenido himnos y trinos para la patria feliz, tuvo gemidos y sollozos y trenos para la patria doliente. En aquella ocasión, sólo él conservó su fiereza, su bravura masculina; sólo él llevó pantalones, como dice Talleyrand de la reina Luisa después de la *debacle* de Jena. Él quiso cargarse a la patria sobre sus hombros y sostenerla con sus espaldas de hierro; hacer lo que de Nuño Álvarez dice Camoens en *Las Lusíadas*. Él quiso aguantar con sus colmillos la nación en su ruina, ser nuestro Visnú y sostener la península cuando intentaba anegarla el gigante Euroníaca. El vino a auxiliarnos en nuestra caída, y bajo su patrocinio respiramos, bajo su manto encontramos la seguridad que halla el guerrero aspeado y fisiado debajo de su tienda y de su escudo.

Desesperado por aquel tremendo infortunio, maldijo a los causantes de nuestra perdición. Desenmascaró y flageló a la oligarquía parricida. Y a la monarquía catastrófica le declaró guerra sin cuartel, guerra a muerte. Hizo contra sus hombres el juramento de Aníbal. Pronunció contra ella mil veces el *Delenda Carthago* catónico y el *Ecrasons l'Infâme* volteriano. Y arremetió contra todos nuestros enemigos exteriores e interiores *glaiive en main et cuirasse au soleil*.

EPÍLOGO

Y ahora, un pequeño resumen, dos plumadas más, y termino.

Costa era un hombre grande. Lo era tanto, que enfermó de grandeza, de hipertrofia cardíaca. Mucho antes de ser viejo, su cuerpo era una ruína. Parecía que un rayo de Dios lo había herido en la medula. Su espíritu devoraba su carne, como un puñal afilado gasta la vaina en que se encierra. En *El genio del Cristianismo* ha escrito Chateaubriand: *un genie puissant use bientôt le corps qui le renferme*. Las grandes almas destrozan las paredes de los vasos que las contienen, como los grandes ríos devastan sus orillas.

Costa tenía un alma de fuego. Una bilis tres veces recocida—no es mía la frase—rodeaba su corazón como una capa de sílex. Estuvo siempre inflamado de aquel ardor divino de que habla Platón en el *Parménides*. Su cuerpo parecía la camisa de Neso: dentro de ella ardió sin descanso su espíritu hasta que se consumió. Sólo estas almas volcánicas, dice Rousseau en *La Nueva Eloísa*, saben combatir y vencer; todos los grandes esfuerzos, todas las acciones sublimes son obra suya; la fría razón no ha hecho nunca nada ilustre. De San Jerónimo se ha dicho que su espíritu inmenso necesitaba de Roma o del desierto. Costa también se fué al agujero de su peña de Graus, porque no cabía en Madrid su pasión.

Hombre extraordinario fué Costa. Hombre que se sacudió y libertó de mentiras, que se tragó las fórmulas y las conveniencias todas, que conoció como nadie el camino de ser digno, que escupió siempre la más agria e incisiva lógica, que anduvo constantemente con el pecho desnudo dispuesto a recibir, sin inmutarse, el granizo de la batalla.

Las desventuras de la patria le hicieron morir desesperado. Desesperado como un águila que agoniza en el polvo con las alas abiertas y los ojos fijos en el sol. Hasta que nos quedamos sin él no vimos el milagro que echaba flores que despedía luz a nuestro lado. Al perderlo, España quedó desolada como una caverna viuda del león que la habitaba, valga el simil ramayánico. Cuando murió Luis XII, anunciaron pregoneros por París su defunción, gritando: *«Le bon roi Louis, père du peuple, est mort; el buen rey Luis, padre del pueblo, ha muerto»*. Del mismo modo, cuando Costa expiró, no se oía por nuestras calles más que: *«Costa ha muerto, ha muerto Costa»*. Y todos nos acercamos a su lecho y posamos el labio en la mano fría, con amor, con veneración de catecúmenos y besamos el mismo pensamiento incorrupto que Campanella besó en la catedral de Cosenza en la frente pálida del cadáver de Telesio.

La muerte hizo de él lo que hizo del primer rey de Roma lo que hace de todos los hombres superiores: un dios. Como a tal, Zaragoza, Aragón, España le deben, no un mausoleo, que él no quería más mausoleo que las peñas en que nació; no un lecho de mármol, que él para descansar eternamente no apetecía otro lecho que el del

Esera, como Alarico, que se hizo enterrar en el cauce de un torrente, para que el ruido de las aguas de éste fuera símbolo del que el caudillo godo había metido en la tierra, sino un monumento. Un monumento gigante, como él, como aquél que Alejandro Magno intentó hacerse, tallando el monte Athos y convirtiéndolo en una estatua suya. Un monumento en el que figuren, como símbolos de su fuerza, aquéllo que nos decía él que nos faltaba cuando nos llamaba eunucos, capones, como símbolo de la acometividad y del poderío de su frente, un soberbio testuz de toro; como símbolo de su elocuencia, una catarata o un brazo de mar encrespado; como símbolo de la vehemencia de su corazón, una fragua, un horno; como símbolo de su sabiduría, las nueve de Helicon en círculo y cogidas de la mano.

Nosotros, tus discípulos, ¡oh Maestro! nosotros, los siete mil o los siete que te seguimos aún, que te somos fieles, que no hemos doblado la rodilla ante Baal, que no hemos adorado al ídolo de oro, te hemos erigido ya en nuestro pecho ese monumento. Un día asimos tu cinturón, hincamos en tu calcañar nuestros dientes y desde entonces no te hemos soltado más. Un día, nuestro corazón se inflamó al arrimarse al tuyo, se encendió en tu vela nuestra vela, y desde entonces ha habido en su ápice perenne fuego. Después de muerto Mirabeau, cuando en la Asamblea se presentaba alguna cuestión difícil, todos los diputados miraban maquinalmente al lugar que solía ocupar el gran orador en vida. Cuando España pasa por trances amargos, tus discípulos volvemos los ojos involuntariamente hacia Graus. No te olvidamos. No te borras de nuestra memoria. No te ausentas de nuestro rezo.

Las histéricas místicas del cristianismo grababan en su seno con un cuchillo el nombre de Jesús. Nosotros hemos escrito el tuyo en las pal-

mas de nuestras manos, en la carne más roja, más trémula de sensibilidad, más ardida y más tierna de nuestro corazón. Y de allí nadie lo quita. Ni Dios. Una viuda enamorada y desesperada, de la antigüedad, se bebía las cenizas de su amor desaparecido. Maestro, también nosotros nos beberemos las tuyas, y nos las beberemos en tu copa, y beberemos en ésta por el lado porque tú has bebido, para que nos sea dado con tu polvo sagrado, con el vino de tus venas, la elocuencia y la fortaleza heroica de tu boca.

Una vez muerto D. Juan Alfonso de Alburquerque, famoso ministro que se sublevó contra don Pedro el Cruel, sus partidarios encerraron su cadáver en un ataúd, y así, difunto, lo llevaron al campo de batalla, lo pusieron en el mismo lugar donde solía ir en las huestes cuando estaba vivo, y en los consejos de capitanes dábanle voz y voto como si estuviera presente, hablando en su nombre su mayordomo Ruiz Díaz Cabeza de Vaca, y no lo enterraron hasta que sus parciales se apoderaron de Toro, y el rey D. Pedro transigió con ellos.

Nosotros también te pasearemos por España, maestro. Recorreremos la península con un libro tuyo en la mano. Y vocearemos tu nombre ante el enemigo y lo amedrentaremos con tus arengas y con los gritos de tu garganta. Y le dispararemos tu metralla oratoria. Y presidirás nuestros consejos y dirigirás nuestros combates, Y volarás sobre nuestra cabeza en compañía de nuestras águilas y serás el genio de nuestras victorias. Y sólo cuando hayamos acabado con nuestra monarquía y con nuestros caciques, con nuestra ignorancia y con nuestra miseria, con el régimen de arbitrariedad e iniquidad, te enterraremos; te enterraremos, no para olvidarte, sino para que descanses en la tierra que nosotros y tú con nuestra sangre y con nuestra vida habremos rescatado.

Próximamente

aparecerá una gran
revista que se titulará

El Desnudo Artístico

cuyo director será

Demetrio Monteserín

y colaborarán los mejores pintores
y dibujantes del mundo.